

Amigos

Luis Manuel García

VÍCTOR GODÍNEZ, MARINERO DE SEGUNDA Y MAGO DE SU MUJER, LA MAGA, brinda con Arsenio y Mauricio:

—Por la media rueda.

Tras el brindis, se empina la línea de Ballantine's hasta la inscripción en el fondo del vaso: Made in China. Cincuenta años, la media rueda. No es fácil, piensa Víctor. De sus amigos, es el primero en alcanzar la cifra mágica. ¿Mágica o trágica? Y cumple con el acuerdo concertado treinta años atrás, justo el día que Víctor cumplió los veinte años y los celebraron en la complicidad filinesca del Pico Blanco, los tres mosqueteros, escuchando los lamentos de José Antonio Méndez y las descargas ocasionales de Portillo de la Luz. Los tres mosqueteros y sus tres jevitas, de cuyos nombres no quieren ni acordarse. ¿Tú te acuerdas? Yo no. ¿Cómo se llamaba, Mauricio, la mulata culona? No hay manera de acordarse. Son como flashes de una vida anterior. Pero aquella noche juraron reunirse sin excusa ni pretexto «el día que Víctor cumpla la media rueda, que atrás vienen los cumplemediosiglos de nosotros que se matan». Así mismo es, brother, así mismo. Pase lo que pase, mi hermanito, ese día nos vemos. Primero tuvo que soplar la fiesta familiar, pero aquí está, cumpliendo como un caballero. Pase lo que pase. ¿Verdad, Venancio? Venancio asiente desde la barra, porque en sus cuarenta años de barman ha aprendido que a los borrachos hay dos cosas que no se les quita: la razón y el trago.

Ecobios, ambias, hermanitos, sociales de mi corazón, amigos míos, tengo que confesarles que en toda mi cabrona vida no he hecho en este planeta un par de amigos mejores, qué digo mejores, iguales que ustedes. He dicho. Y mucho ha dicho Víctor para la curda que trae. Por eso intenta aplacar su sed leyendo el Ballantine's hasta el Made in China. El rostro de Víctor se refleja un instante en el fondo del vaso y recuerda aquel día en que vio también su imagen reflejada. Aquel día en que se sintió más humillado que nunca antes y nunca después. Intentó poner su mejor cara, pero el fotógrafo le indicó por señas que enderezara la cabeza y que no sonriera. Así. Muy bien. El flash lo encegueció por un momento. Huir de la Isla en aquella balsa que ninguna compañía marítima habría asegurado fue una temeridad. Su amigo Mauricio casi se deshidrata. Clara pasó los últimos dos días en un sopor que a Víctor le pareció la antesala de la muerte. Eso le dio fuerzas para mantenerse despejado y al timón, tratando de capear las grandes olas y los malos vientos. En el yate donde nos rescataron, después de vagar en la balsa diez días, con los tiburones

siguiendo el rastro como buitres carroñeros, nos entregaron toallas y ropa seca, una copa de coñac a cada uno para que entráramos en calor, y nos sirvieron una entre merienda y comida. Nos lanzamos a tragar contrarreloj con una desesperación de niños etíopes, pero los camareros se esmeraron reponiendo. Por fin, ante la evidencia, nos calmamos. Atravesar la ciudad en una guagua climatizada fue una fiesta: el tráfico espeso, las luces, los comercios repletos de mercancías que jamás habríamos adivinado, la gente elegante en los bulevares. Estábamos viendo una película, pero desde adentro: a pesar de los cristales ahumados (pececitos tropicales en su pecera) que nos separaban de la ciudad, nosotros éramos parte de los personajes. Secundarios, extras, pero personajes. No espectadores que al encenderse las luces tendrían que regresar a la mierdita de sus vidas, y esperar con mucha esperanza y mucha paciencia el advenimiento del futuro luminoso, la felicidad futurible, ir cagando hoy los manjares de mañana. Mientras el autobús se deslizaba a toda velocidad pero en silencio por las calles de la ciudad, un guía improvisado nos explicaba que este edificio fue construido en el año tal, y las torres más cual son las más altas (del mundo, al menos para nosotros) y que en el zoológico había tantas y más cuántas especies, y no sé cuántos animales en total. En el albergue donde durante seis meses disfrutaríamos de cama y tres comidas calientes al día, trescientos billetes al mes para gastos personales (nos pareció una fortuna hasta que salimos a la calle y vimos los precios), y matrícula gratis en una escuela de idiomas, nos entregaron un maletín de ropa per cápita, trebejos de afeitarse y unos señores vestidos de paisano nos condujeron a nuestras habitaciones. Después de ducharnos con un agua rarísima, que olía a azufre, pero distinto, a medicina quizá, un intérprete nos comunicó que de momento podíamos desplazarnos libremente por todo el recinto, pero no transgredir sus límites.

Toda su familia le llama la Maga por haber convertido, con un toque de su varita mágica, al gavilán pollero que fue Víctor en sus años mozos, en periquito de pareja fija, jaula de polluelos y arrumacos. Aun así, sabe que su hombre a veces necesita un poco de espacio y hoy ha sido un día muy muy especial. La Maga está cansada. Ha recogido los platos y copas de un tercio de las mesas instaladas en el jardín para la fiesta, pero decide que lo termine Mirta mañana. Se sienta al lado de la piscina y, con un gesto maquinal, extrae un Camel de la cajetilla que alguien ha olvidado en la mesa. Hace diez años que no fuma, pero hay gestos que se graban para siempre y en cualquier descuido afloran. Da vueltas al cigarrillo entre sus dedos. Un día muy especial. Cincuenta años. Cincuenta: dos por veinticinco (¿qué hacíamos a los veinticinco?), tres por quince y sobran cinco (¿qué pensábamos a los quince, cuando éramos inmortales?). La fiesta quedó muy bien. Víctor quedó muy bien. Se mantuvo sobrio hasta que se marcharon los invitados. Como si no fuera su fiesta. Pero era su fiesta. Cincuenta años. Y de los cincuenta, quince en este país. Quince años. La tercera parte de su vida, casi. La tercera parte de la mía. Sin casi. Quince años, y todavía recuerda el primer día como si fuera hoy: El desayuno sería a las ocho y deberíamos ser puntuales. Barbarísimo, decía Mauricio. Estamos hechos. De aquí pal cielo. Justo al cielo, Mauricio, justo al

cielo. Esa noche Víctor y yo hicimos el amor sobre colchón mullido. Entre el último orgasmo y el próximo entusiasmo, escuchamos una gritería. Asomados a la ventana, descubrimos a Serafín, el amigo de mi prima Loly, muy echaíto palante él y muy guapito, discutiendo a gritos con el guardia de la entrada, un mastodonte sin metralleta, es decir, con una metralleta de bíceps y dorsales que le zumbaba el merequetén. Que por sus cojones él se iba a echar un paseíto a la ciudad, decía Serafín. Que él no estaba preso ni un carajo. Y aunque no entendimos las palabras del guardia, sí vimos cómo Serafín intentaba salir, y el otro le decía por señas nananina trespatines. Padentro tol mundo. Entonces Serafín le metió un empujón al policía y voló pafuera. Pero no llegó a poner un pie en la calle. A pesar de lo grandote que era, el mastodonte metió un volío de dos metros y con una llave de kung fu trajo de regreso a Serafín, pero por los aires. Ni con esas. En vez de meterse tranquilito en su cama, el muchacho empezó a echar guapería y a manotear, hasta que vinieron dos más. Entre los tres intentaron convencerlo para que entrara y no les desgraciara más la noche; bastante tenían con pasarla cuidando a estos fockingcrazylatinniggers, y no con sus mujeres en la cama; pero Serafín se puso más verde todavía y empezó a tirarles patadas y piñazos. Y ahí sí se jodió la mona, porque entre los tres lo maduraron a piñazos. Al final quedó más apolismado que un mango filipino al caerse de la mata. Después de examinarlo (se movía un poquito, no mucho), lo metieron a rastras en un carro y se lo llevaron sonando la sirena. ¿Tú no querías dar un paseíto? Clara recuerda a Víctor como si fuera hoy: En casa del trompo, Clari, no hay que menearse mucho. Y hasta se le quitaron las ganas de seguirse meneando encima de Clarita. No era para menos. Mañana será otro día, mi amor. Y se durmieron rapidito, por si acaso. Por eso la Maga no va a seguir recogiendo. Mañana será otro día. Tampoco va a esperar a su Mago Víctor. Cuando se fueron los invitados, él le dijo que había quedado con sus amigos en lo de Venancio. Un ratico nada más, mi amor. Ahorita vuelvo.

A la mañana siguiente, ¿te acuerdas?, mientras unos hombres vestidos de cosmonautas fumigaban todo con un gas azul, nos descubrimos en una suerte de campamento militar. Durante una semana, vestidos con unas batas verdes, nos hicieron escáneres, radiografías, análisis y pruebas, nos revisaron las uñas, los dientes y hasta los pliegues del culo. Tests siquiátricos, tests de inteligencia, de cuéntame tu vida y milagros, y hasta tests pa cogerte de atrás palante (no fuéramos amigos del enemigo, malos de contrabando en el país de los buenos).

Pasados seis meses, nos entregarían la documentación definitiva de residentes en regla y arrégleselas cada uno por su cuenta. ¿OK? OK. Y antes del segundo OK ya nos estaban llevando a esa comisaría donde Víctor se sintió más humillado que nunca antes en su vida, posando de frente y de perfil. Mientras le encajaban masilla en la boca para archivar su dentígrama, le tomaban una muestra de sangre para el registro del código genético, y le metían las manos en el escáner que memorizó sus huellas dactilares, Víctor se sintió el inocente de la película al que trataban de culpable sin comerla ni beberla. Y eso que todavía ignoraba el Niágara en bicicleta que debería cruzar en los próximos seis meses, en los próximos tres años; ni que el mismo Serafín y dos

más se han fajado borrachos con unos policías, y la sanción fue meterles ocho meses encana por desorden público, y a la salida arrearlos en un furgón sin matrícula y lanzarlos indocumentados por encima de la verja de la frontera sur. Cáguense ahora en su madre. Por andar comiendo de la fruta prohibida. Y aun sin saber ni la mitad de la mitad, en la madre de todos estos cops estuvo a punto de cagarse el humillado Víctor, pero se contuvo. Ya hemos pasado lo peor, lo peor, lo peor —intentó convencer a su cerebro repitiendo la frase y pensando en los tiburones que asediaban la balsa, en Clarita huyendo hacia la muerte, en Mauricio secándose al sol como una penca de tasajo, en Arsenio repitiéndoles «ustedes están locos, no hagan eso, si no se los comen los bichos o la mar, se los va a comer el sol»— y pasó el brazo sobre los hombros de Clarita (ya hemos pasado lo peor, mi vida), se paró a la salida frente a un police o fiانا o lo que sea, quien le entregó su documento provisional, plastificado contra cualquier adulteración, y le soltó una frase glogloteante entre dos sorbos de café, es decir, eso que aquí llaman café. Ni Víctor ni Clarita ni nosotros logramos comprender que nos estaba dando la bienvenida al Mundo Libre.

El destino es muy raro, piensa Clarita mientras se ducha antes de acostarse. A veces las paperas de la bisabuela ocasionan que el tataranieta sea ingeniero químico. ¿Qué relación podría existir entre un padre cabrón que abandona a sus tres hijos, una madre alcohólica, otra que muere de leucemia cuando su pequeño Víctor no levantaba tres cuartas del suelo, y un astillero donde se botan veintidós embarcaciones de recreo al año? Pues sí. Pensándolo bien, si el cabrón de mi padre no hubiera abandonado a su mujer y a sus hijos, ¿se habría convertido mi madre al alcoholismo, la religión de los desesperados? Y aunque la ecuación pudo tener otras variables, lo cierto es que Clarita, la mayor, fraguó precozmente su instinto maternal para cuidar a sus hermanos. Por su parte, la orfandad de Víctor lo dejó cojo a los tres años de ese amor insustituible. Fíjate desde cuándo se venía cocinando ese encuentro entre la llave y la cerradura, piensa la Maga. Aunque al principio Víctor la supuso un palo eventual, de travesía, detalle a detalle fue ocurriendo lo que él jamás habría adivinado: que esa muchacha estaba destinada a saciar sus hambres más antiguas. Si no, ¿se habría enamorado de Clarita, su madre-amante que le resucitó un ventrículo del corazón petrificado desde la muerte precoz de su madre y hasta entonces? Y fíjate lo que son las confluencias: si el mismo padre ausente (el mismísimo cabrón que las abandonó como a una papa caliente) no hubiera inoculado a Clarita en cada carta, en cada visita y en cada regalo la noción de otra vida posible, ¿le habría dado ella la lata hasta la extenuación con vámonos, Víctor, vámonos, mi amor, verás como tú y yo encontraremos allá nuestra felicidad, la nuestra, el futuro que nos corresponde, no ese que dicen, ese mismo, el luminoso, el de la patria? Vámonos, mi amor, estoy cansada de mirar al horizonte a ver si hay un fulgorcito, una chispa de futuro luminoso a la vista, pero todo está oscuro. Vámonos, anda. De no ser por su insistencia, vámonosvámonosvámonos, jamás Víctor, conociendo la procelosa naturaleza de la mar, habría timoneado aquella balsa de retazos. Jamás. Nunca. Y tampoco habría sufrido la humillación de verse retratado, de

frente y de perfil, como un capo de cuarta categoría; ni habría cursado las escuelas del hambre y del frío, de la desesperanza y la peor soledad. Por poco acaba con nosotros. Por poco. Clarita la Maga se seca, sacude el pelo a ver si junto con las gotas de agua caen los malos pensamientos, y se pone la bata.

La peor soledad, la peor la peor de todas, es cuando todos a tu alrededor tienen raíces, amigos de la infancia, hermanos. Y se encuentran por la calle: Hola, ¿cómo está tu familia? ¿Te acuerdas de? Mientras tú vas sin rumbo, nadie te conoce, no conoces a nadie. Como si hubieras nacido ayer. No tienes pasado. Borrón y cuenta nueva, ¿comprendes? Vas rodando como esas bolas de matorral en los desiertos de las películas. Pa que veas que no es cuento, Arsenio (Mauricio sabe de lo que estoy hablando), estas canas, todas, las eché en menos de dos años. En menos de dos años, brother. Antes de los cuarenta ya era mi propio abuelo.

Clarita y él casi se separan, porque la miseria va ennegreciendo la ternura y a pedazos se cae sin que nadie la ampute: Te quiero, coño, pero no te soporto. De no ser por una madre con leucemia y un padre tráfuga, Víctor Godínez, marinero de segunda y despreocupado gozador de hembras, no se habría enamorado de Clarita ni habría estado al borde del gran agujero. Si aquella noche, un año y medio después de su llegada a la ciudad, no hubiera abandonado de un portazo a Clarita entre los berridos del niño; si no la hubiera dejado atrás, harto ya de todo y de esta mierda de vida, en aquel apartamento microscópico pintado de color mostaza caducada, color caca de lactante; si no hubiera intentado cambiar por whisky los dos únicos billetes para leche que quedaban en casa; si Venancio, acodado en el mostrador del Buenavista's Bar, no se hubiera negado en redondo (no puedes hacer eso, Víctor, yo te sirvo una copa, pero no puedes hacerle eso a Clara); si no si no si no, jamás habría conocido a Raymond. Lo que son las coincidencias, ¿no? Si no llego a conocer a Raymond, puede que mi vida hubiera terminado en el basurero municipal. Puede. Y si Raymond, nieto de isleños, no hubiera heredado un abandonado taller de náutica y toda la inutilidad que cabe en seis pies dos pulgadas de estatura; si Raymond no hubiera sido un borrachín al que sólo le interesaba su colección de mariposas tropicales, Víctor no lo hubiera conocido en el bar, ni el entomólogo le habría invitado a una botella completa mientras le escuchaba su bolero de Clarita y el vejigo, la mierda que parecía embadurnar las paredes de su minúsculo apartamento y la mierda que parecía embadurnar toda su existencia. De no saltar sus fusibles aquella noche, de no necesitar con urgencia deshacerse de su estiba de angustia en el oído de alguien, tampoco Raymond le habría propuesto entrar con él de socio en el astillero. ¿Socio? Mira, le dije, yo pongo el taller, cazo mariposas y no molesto. ¿Y yo? Tú trabajas. ¿Qué te parece? Visto en perspectiva, después del encuentro con Clarita, después del nacimiento de su hijo, aquel fue el día más importante de su vida.

La Maga recuerda que los primeros tres años fueron muy duros, en jornadas de quince horas. Raymond cumplió a rajatabla su promesa: ni molestaba ni trabajaba. Clarita comprendió en breve que llegar derrengado a casa, sin fuerzas ni para levantar una botella de cerveza, salvó a Víctor del agujero por

el que venía descendiendo en caída libre. Por eso se reía cuando él llegaba tan molido del taller que ella debía arrastrarlo hasta la ducha y darle las cucharadas de comida igual que al bebé, mientras él se caía de sueño hasta meter la nariz en el plato.

Hermanitos: Arsenio, Mauricio, lo primero que hice (tú lo sabes, Venancio) fue pintar de azul aquella casa, el azul más luminoso que encontré, y no ver nunca más las paredes mostaza, que hasta olían a mierda. Años y años, mis hermanitos, años y años tuve que pintar con sudor cada barco, uno por uno, cuaderna a cuaderna, para que Clarita y el niño tengan jardín y patio trasero y su propio árbol y el perro que yo siempre soñé en vano en aquel apartamento de Marianao que más parecía una perrrera. Buena gente Raymond, de esos que se hacen querer aunque no sirvan para nada. Quizás por eso. El flaco estaba en los antípodas del espíritu competitivo. Se le podía querer sin miedo. No era peligroso. Lástima de vida. La cirrosis se lo comió en cuatro meses. Lástima. Clarita lo quiso como a un hermano. Le compraba ropa, le devolvía los botones a sus camisas, le daba de comer cuando lo veía consumido de tanto drinking sin eating. Qué lástima ni lástima. Hizo lo que le salió de los cojones, ¿verdad, Venancio? Verdad verdadera, sí señor. Pon otra aquí para la tropa y ponte tú una, que te lo mereces.

Venancio repone Ballantine's en el vaso del Mago, se sirve medio dedo en el suyo, y hace el ademán de completar los dos que, frente a Víctor, permanecen intactos. Chocan los cristales y el Mago de la Maga no para hasta el Made in China. Venancio le coloca la mano en el hombro y extrae el teléfono:

—Te pido un taxi, Víctor. Ya es tarde. Voy cerrando.

Víctor se levanta inseguro, se escora a babor pero consigue no irse a pique, aun sin la ayuda de Venancio:

—Dime qué te debo.

—Mañana. Te lo apunto.

—OK. Hasta mañaaaaaana.

—El taxi viene llegando. ¿Te acompaño?

—¿Para qué? En mi casa no cabe más gente. Más ninguna. Más.

En el umbral se vuelve hacia los vasos donde sendos icebergs de hielo han naufragado en el whisky:

—Hasta mañana, hermanitos, ecobios, ambias, amigos míos, los mejores que he hecho en toda mi cabrona vida. Mis hermanos. Mis brothers. Bye.

Venancio ve las luces del taxi que se alejan y atranca la puerta del local desierto para poner un poco de orden antes de irse a casa. La de cosas que un barman tiene que ver, piensa. Curas y cantineros. El confesionario y la barra. Catorce años hace que conoce a Víctor y puede que la de hoy sea la cuarta o quinta curda más monumental que le ha visto coger. Sirve una copa de Magnum y se sienta frente a los vasos con los que ha conversado el Mago toda la madrugada. La de cosas que un hombre gana y pierde en una sola vida. Todavía recuerda el declive de Víctor y su milagrosa recuperación, derretida ya la máscara amarillenta que pone en los hombres un hígado a punto del colapso, la máscara de la puta muerte. Se salvó. Los que no se salvaron fueron sus amigos.

Venancio rememora el día que Víctor llegó con el ceño borrascoso y sin decir una palabra se bebió a solas botella y media en aquel rincón. Botella y media. Al irse trastabillando sólo dijo:

—Tenía un corazón muy muy grande, Venancio, en el medio del pecho. Por eso se lo arrancaron.

Semanas después el barman supo que el famoso Arsenio, del que tanto había escuchado por boca de Víctor y de Mauricio, el único de los tres mosqueteros remanente en la Isla, temeroso de naufragar por su cuenta, había naufragado por cuenta ajena: enviado a una guerra remota, lo encontraron colgado boca abajo de un árbol, como se cuelga a las reses para desangrarlas, sin hígado ni corazón, y con una pucha de gusanos en el sitio de donde habían arrancado su sexo y sus testículos.

La otra curda de terapia intensiva que cogió Víctor fue cuando hace dos años se ahorcó en la celda dieciocho de la cárcel de Orange County su amigo Mauricio. Hay hombres a los que equivocan —piensa en Arsenio, pasto pa los buitres, arrojado a una reyerta que ni le iba ni le venía— y otros que nacen equivocados, como Mauricio. Venancio barre a conciencia el local. Así mismo te barrieron, Mauricio. Este mundo no perdona. Si quieres trepar por la escalera de servicio, tarde o temprano te barren hasta el tragante y halan la cadena. Puta vida. De tres, dos. Y Venancio toma los dos vasos de whisky aguado y los coloca en el lavavajillas. Comprueba que la trastienda está cerrada y va apagando las luces. Cuando ya se encuentra en la puerta, duda, regresa a la barra y coloca en la mesa dos vasos limpios, donde sirve sendas dosis de Ballantine's y, por si la necesitan, deja la botella en medio de la mesa. Antes de apagar la luz del salón, poner la alarma, cerrar la puerta del local con doble cerrojo y desaparecer calle abajo, levanta su copa, donde ha quedado medio dedo de Magnum:

—Hasta la próxima vida, hermanitos —y bebe hasta el fondo.